

dre de ese jóven que acaba de salir?

—Perfectamente.

Contestó Willey.

—Me interesa saber dónde vive: búsquele vd., pues, y no le pierda de vista; si toma un carruaje y se va á México, sígale vd. en el mio hasta ver en qué casa entra.

El doctor, sin detenerse un instante, salió á cumplir las órdenes de Duval, quien, aunque inquieto y sobresaltado interiormente, se volvió á sentar en la mesa de juego fingiendo la mas tranquila calma.

CAPITULO X.

Continúa la feria.

Era el tercero y último dia de la feria de Tlalpam.

La gente empezó á llegar de México al pueblo de la fiesta desde las tres de la tarde, hora en que los dueños de los almacenes y tiendas cierran, en ese dia, sus establecimientos, con objeto de que los dependientes disfruten del regocijo general.

Aun no habia la suficiente concurrencia de *puntos* en la casa de juego de Duval, y éste y el doctor, por lo mismo, dejando á cargo del director la *banca*, se paseaban en una pieza contigua, entregados á una conversacion interesante para ellos.

—¿Es decir que nada ha dejado vd. por recorrer para encontrar á ese anciano?

Preguntó el primero.

—Nada; recorrí la plaza, las fondas, el palenque de gallos, asistí por la tarde al baile del Calvario, y por último, en la noche, al que se celebra en los Gallos, y en ninguna parte pude dar con él.

—De manera que se puede asegurar que no está ya en Tlalpam?

—Sin duda, ni en ninguna de las posadas de México tampoco; porque ayer marché á la ciudad y las recorrí dando las señas del individuo, y nadie le conoce, ni me dió razón de él.

—¿Es cosa extraña!

—Tal vez se habrá marchado á su pueblo, al cerciorarse de la conducta de su hijo, único motivo que le trajo, según aseguró en su enojo.

—¡Ojalá sea así!

Contestó Duval pensativo.

—Pero ¿qué teme vd. de él? ¿Ha tenido vd. jamás otros negocios que los de fabricación de moneda?

—¿Yo?—dijo titubeando Duval;—no...ningunos....

El doctor, con su vista perspicaz y excudriñadora, leyó en la conciencia de su interlocutor, y dijo para sí.

—Me oculta algun secreto;—y luego añadió en alta voz:—Siendo así, nada debe inquietarnos. Solamente nuestros correspondientes pudieran alguna vez llegar á sospechar algo; pero ese anciano, si no me engaño, no se cuenta en el número de ellos.

—Es verdad.

Contestó Duval siempre preocupado con una idea que le habia asaltado.

—Ademas de que no creo que será muy difícil informarnos de quién es.

—¿Cómo...! ¿ha encontrado vd. algun medio para conseguirlo?

Preguntó Duval pasando repentinamente de la reflexion á la alegría.

El doctor, que no perdía la mas ligera gesticulacion de su interlocutor, entreabrió los labios dejando ver en ellos una sonrisa maliciosa, y contestó con seguridad.

—¿Qué mejor medio que el juego? ¿Hay

jugador á quien le dure el arrepentimiento veinticuatro horas....?

—Ninguno.

—Pues bien, esas veinticuatro horas han pasado, y el hijo de ese anciano volverá á este sitio atraído por la sed del oro, y entonces podremos saber por él mismo, lo que tanto parece le interesa á vd.

—Tiene vd. razon: tal vez se encuentre ya en la sala de juego.

—Probablemente, y si aun no está, estoy seguro de que no nos hará esperar mucho.

—¡Dios lo quiera! porque cualquier cosa me sobresalta y me inquieta, temiendo que se descubra nuestro secreto, y que perdamos en un instante el fruto de tantos años de peligroso trabajo.

—En vd. está poner término á esas zozobras. Realicemos todo, abandonemos México, y busquemos en Europa los goces que nos brinda.

—¡Clotilde....! Esa mujer ha sido hasta ahora el valladar que se ha opuesto á mi partida. ¡Oh...! yo no podia vivir sin ella...! Sus desprecios y su resistencia han sido el

combustible poderoso que ha ido dando mayor fuerza al fuego de mi amor, hasta haberle convertido en una hoguera constante y devoradora....! Pero por fortuna ya está próximo el dia destinado por su padre para nuestro enlace; y tan luego como alcance la dicha de llamarla mia, partiremos juntos para Europa.

—¡Dios quiera que no se presente algun nuevo obstáculo!

—¡Obstáculo....? ¡Y cuál se puede presentar?

—No lo sé; pero temo que esa mujer sea el origen de nuestra desgracia: á ella y á su amante les protege el infierno.

—Así parece.

—El era dueño de un manuserito, que segun la mercachifle Doña Anita, prueba la inocencia del padre de Leopoldo; y si ese manuserito no consiguió la ex-brigadiera extraer de donde lo tenia guardado, como á vd. se lo prometió, puede sernos de fatales consecuencias.

—Es cierto.

—Y yo creo que existe en poder de su

temible rival de vd., porque á habérselo quitado la mercachife, ya hubiera venido á entregarle á vd. ese manuscrito, por el cual le ofreció vd. una buena gratificacion.

—Tal vez no haya podido verme, porque caí herido á los pocos dias.

—Pero en los que trascurrieron antes de esa desgracia, ¿habia algun obstáculo?

—No, ciertamente.

—Pues bien: si existe en poder de Leopoldo, ¿quién quita que ese hombre, momentos antes de la ceremonia, se presente con el manuscrito al señor Landeta para convencerle de la inocencia de su antiguo amigo Cabrera, impida con este incidente el enlace de vd. con Clotilde, y logre, por último, alcanzar la mano de la jóven que adora?

—¡Es cierto....! y ese temor es el que me inquieta á todas horas.

—Si esto sucede, no le quedará al señor Landeta para con vd. mas que el lazo del reconocimiento á la generosidad estudiada que usó vd. con él devolviéndole los bienes que habia perdido; pero como desde esa

época ha dejado de jugar, y sus rentas y negocios le han dejado gruesas sumas de utilidad, que le ha ido á vd. abonando, fácil le será pagar lo poco que aun le debe, quedando así libre de todo compromiso.

—¡Oh! su vuelta al sendero de sus deberes ha empezado á trastornar mis planes. Pero nada debemos temer. Muy pronto tendré la dicha de llamarla á la mujer que adoro; y una vez dueño de su mano, nada nos detendrá en este país. No falta para la realizacion de mi deseo mas que el corto término de algunos dias.

—Y sin embargo—repuso el doctor—mi présago corazon me anuncia que en esos pocos dias vamos á tropezar con escollos terribles.

—¿Con Leopoldo?

—Tal vez. Ese hombre es temible si por desgracia tiene aún en sus manos las pruebas de la inocencia de su padre.

—¿Y si por fortuna cayeron en poder de Doña Anita?

—Entonces nuestro triunfo es seguro y nada hay que temer.

—Pues es preciso averiguar lo que ha pasado.

—¿Cómo?

—Marchando á ver á esa mujer, y preguntándole si se apoderó del cuaderno. ¿Le conoce vd., doctor?

—Yo no: me habló vd. de ese asunto pocos dias antes de que hiriesen á vd., pero no me indicó vd. quién era esa Doña Anita.

—Entonces vivia en la misma casa de D. Leopoldo; en uno de los cuartos inmediatos.

—¿Y vive aún allí?

—Lo ignoro.

—Pues yo me encargo de saberlo, preguntando á las vecinas por ella, pues su nombre y la circunstancia de ser mercachifle, deben darla á conocer á todos.

—Sin duda alguna.

—Confío en vd., doctor.

—Ya sabe vd. que á mí me interesa tanto como á vd. este asunto; así es que espero salir airoso de él.

—Corriente. Pero dejemos nuestra conversacion, y marchemos á la sala de juego

donde acaso estará ya el hijo de ese anciano que me importa saber quién es.

—Marchemos.

Dijo el doctor, y siguió á Duval al sitio en que estaba la *banca*, pensando cómo se informaria de si vivia aún la mercachifle en la calle de Tacuba, sin que Leopoldo, que habitaba la misma casa, llegase á saber que preguntaba por ella, y despertase sus sospechas.

¿Cuán lejos estaba el doctor al meditar en la manera de indagar dónde vivia sin hacerse sospechoso, que la mujer á quien buscaba era la misma que estaba de portera en la casa en que Luz gemia presa!

Y es que Willey nunca habia fijado la atencion en aquella mujer cuando iba á visitar á la hermosa Elisa á la calle de Tacuba, ni habia entrado en conversacion con ella nunca.

El doctor, cuando iba á ver á su cautiva Luz, entraba siempre de noche, y con mil precauciones, bien por el balcon en que le esperaba la mujer que hacia las veces de carcelera, y al cual subia por una escala

de cuerda, bien abriéndole ella la puerta, sin que lo supiese Doña Añita, para lo cual habia conseguido del dueño de la casa la licencia de tener una llave aparte.

Hé aquí, pues, explicada la causa de por qué no sabia que su portera, fuese la misma mercachifle á quien ahora necesitaba buscar.

Willey y Duval, como hemos dicho, entraron despues de la conversacion á que les vimos entregados, en la sala en que estaba la banca.

El concurso era ya numeroso.

Duval y Willey dirijieron la vista á todas partes, pero no vieron á la persona que buscaban.

Sin embargo, con la esperanza de que no tardaria, se sentaron á tomar parte en el juego.

Entre los *puntos* que mas notables se hacian por el oro que tenian delante, el principal era Diego, que con algunas alternativas, habia llegado á ganar hasta aquel momento, mil quinientas onzas, que las habia

dejado depositadas en la banca en que seguia jugando.

No se habia levantado de su asiento en los dos dias, mas que los instantes precisos para desempeñar las funciones necesarias á la vida.

El capital que tenia, era suficiente ya para hacer la felicidad de una familia; pero en lo que menos pensaba él entonces, era en su mujer y en sus inocentes hijas.

Mientras él exponia á una carta centenares de onzas, ellas perecian de necesidad en el rincon de su pobre casa.

¿Qué le importaban á él las miserias de los otros, ni cómo acordarse de ellas, si su corazon se saciaba, y su memoria estaba fija en un solo objeto, el oro....?

¿Qué amor puede tener á los objetos mas caros de la naturaleza, el hombre que deja las caricias de sus hijos, las dulces y cariñosas palabras de amor de su esposa, los goces de la familia y la tranquilidad del hogar doméstico, por la repugnante compañía de hombres viciosos y corrompidos, por la pesada atmósfera de una sala de juego en

que se respira con dificultad, y por la desesperacion y las palabras de ira de los que solo se han reunido para arruinarse mutuamente?

La sala entre tanto iba llenándose de gente que llegaba de la capital.

Millares de carruajes se detenian en la entrada de la plaza.

De uno de ellos saltaron en aquel instante varios jóvenes de elegante porte que se dirijieron inmediatamente á la casa de juego mas cercana, excepto uno de ellos que, menos ambicioso ó mas observador, se puso á pasear por la plaza poniendo cuidado en cuanto le rodeaba.

Este joven era Félix, el dependiente de Flan y supuesto primo de Soledad, que habia ido á Tlalpam con objeto de hablar al señor Duval sobre un asunto de comercio que le habia recomendado mucho su principal, y que era preciso despachar al siguiente dia.

Esperando, pues, la hora que creyó mas oportuna para desempeñar su comision, se acercó, sin otro objeto que el de distraerse

observando á las mesas en que la gente pobre se ocupaba en exponer á los juegos de azar, que al aire libre se celebraban, los ahorros tal vez de todo el año.

—Adios, chico:—oyó que le decia un joven elegante y de buen humor, á otro que se detuvo á comprar fruta.—¿Qué tal te han tratado?

—Como á todos: no me han dejado mas que este real que estoy empleando en comprar manzanas para depositar algo en el estómago, pues hasta el dinero que tenia destinado para comer lo he perdido.

—Igual cosa me ha sucedido á mí, aunque con la notable diferencia que á mí ni para manzanas me ha quedado.

—Pues si gustas de éstas, aquí las tienes.

—Sí, tomaré un par de ellas siquiera para entretener el hambre.

—Y encima tomaremos un trago.

—¡Hola! Eso es bueno; así podremos echar algo caliente al estómago. ¿Tienes vino, eh?

—No; pero podremos tomar agua, que nada cuesta, y aquí es buena.

—Excelente licor para tomarlo encima de las manzanas, y coger un cólera-morbo que nos lleve al otro barrio.

—Pues amigo, no queda otro remedio; conque vamos.

—No; suspendamos por un momento esa purga, que aquí llegan varios amigos, y puede ser que hayan sido mas afortunados que nosotros.

—¡Dios te oiga!

No bien habian acabado de decir estas palabras, cuando se acercaron á nuestros dos interlocutores cuatro jóvenes á quienes hicieron esta pregunta de costumbre en esos dias.

—¿Qué tal les han tratado á vdes?

—A mí, perfectamente, porque me han alijerado completamente del peso que llevaba en los bolsillos, y de balde, que no lo hacen así los recaudadores de contribuciones que le cobran á uno, por haberle desplumado, un tanto por ciento.

—Pues á mí me han dejado á la cuarta pregunta; esto es, pidiendo *el pan nuestro de*

cada dia dánosle hoy, que es la cuarta petición del Padrenuestro, y la mas interesante en estas alturas.

—Pues no he sido yo mas afortunado:—añadió otro;—porque he perdido hasta los dos pesos destinados al billete del carruaje, y tendré que hacer el viaje como el judío errante.

—¿Quién piensa en volver á México—añadió el cuarto—sin asistir primero por la tarde al baile del Calvario, y por la noche el que se dá en los Gallos, pasando alegremente las horas hasta el amanecer?

—¿Cómo quién? todos. Conque no tenemos para saciar el apetito ni para volver en coche, y habíamos de pensar en el baile!

—¿Por qué no?

—¿Y quién nos da para pagar la entrada?

—Yo.

—¡Hola!—dijeron todos con alegría y rodeándole:—¿Con que has ganado, eh? ¡Si eres el hijo de la dicha! ¡Y cuánto, cuánto?

—Hasta ahora, nada.

—¡Nada....!

Exclamaron á la vez, sucediendo á la animacion de la esperanza el desconsuelo del desengaño.

—Pero ganaré, porque me ha dado, como dicen, *corazonada*.

—Bueno;—le dijo uno;—pero juega *chica*, porque se estaba haciendo *chica* cuando yo me quedé á la luna de Valencia.

—No;—le aconsejó otro;—juega mejor á la primera que salga.

—Yo creo—añadió un tercero—que lo mas acertado es jugar *lugar*.

—Para el que está de suerte—observó uno—las reglas son inútiles, pues á cualquiera carta que ponga, ganará.

—Es cierto. ¿Y cuánto es tu capital?

Le preguntó el primero.

—Dos....

—¿Doscientos pesos?

Le interrumpió el mismo sin dejarle acabar.

—No; dos....

—¿Dos onzas?

Exclamó el segundo atajándole tambien la palabra.

—No, hombre; dos....

—¿Dos pesos?

Preguntó el tercero con igual impaciencia.

—Tampoco; dos....

—¿Dos mil?

Exclamó otro frotándose las manos.

—Si no me dejais decir cuánto, nunca acabaré.

—Bien, ya te dejamos; habla.

Y le volvieron á rodear y á mirarle con interes, como el náufrago mira la playa que de repente se presenta á su vista.

—Es decir que estais empeñados en saber la cantidad?

—Sí.... sí: ¿cuánto?

—Dos reales.

Todos dejaron escapar una exclamacion de disgusto haciendo un gesto de desagrado.

—¿Dos reales....!

Dijeron despreciativamente.

—Sí, dos reales, que es cuanto me han dejado; pero ¿qué importa la cantidad?

—¿Cómo qué? Con dos reales no puedes